

Dios, Darwin y Nosotros

Xabier Lizarraga Cruchaga*

RESUMEN: *Este ensayo busca contrastar las metáforas bíblicas que aluden el origen del mundo, las especies y finalmente el animal humano, con aquellas que surgen del pensamiento darwinista, mismas que generan una nueva mitología con análogas metáforas. Recurriendo incluso al humor, se proponen semejanzas entre ambas mitologías, que invitan a pensar en la afinidad de imaginarios sociales que los unen.*

ABSTRACT: *This paper tries to answer the biblical metaphors that refer to the world's, species and the human animals' s origins, with those that spurt from the darwinists thoughts that gave way to a new mythology with analogous metaphors. With humor, we propose similarities between both mythologies that invite to think on the affinity of the social imaginary that unifies them.*

MITOLOGÍA. . . conjunto de creencias de los pueblos primitivos, concientes de sus orígenes, historia antigua, héroes, divinidades, etcétera., y que difiere de las descripciones verdaderas, inventadas con posterioridad.

AMBROSE BIERCE
El diccionario del Diablo

Nosotros somos unos personajes curiosos, y por mucho que vayamos de aquí para allá, pretendemos estar siempre a la mitad de camino entre el todo y la nada. Al vivir recorreremos un camino que, lo sea o no, imaginamos interminable, dado que tendemos a hacer del pasado un presente de . . . y para nosotros. . . , y al futuro lo pensamos como una extensión de nuestro aquí y ahora. Por más calendarios, relojes e incluso agendas que hayamos inventado, el tiempo lo deseamos y lo necesitamos vivir como un *presente prolongado*, que convierte cualquier punto de la flecha del tiempo en que nos encontremos en la mitad de un recorrido sin itinerario detallado. . . pero sospechosamente imaginado. Como apunta Rupert Sheldrake [1990: 410]:

. . . la tentación de escribir la historia hacia el pasado está muy extendida. Pero los científicos son particularmente propensos a ello, en parte porque los resultados de la investigación científica no demuestran una independencia inmediata y obvia de su contexto histó-

* DAF/ENAH

rico y en parte porque en los periodos de la ciencia normal la posición contemporánea parece muy segura.

Nos tranquiliza creer que nos dirigimos hacia algún punto en el que las cosas serán de otra manera, pero inevitablemente serán como tienen que ser. Y en ese "las cosas serán de otra manera" introducimos nuestras ansiedades, en sus advocaciones de resignación y de esperanza, las cuales intentamos aliviar y ver cumplidas, respectivamente, con ese "como tienen que ser", que nos libera de molestos compromisos y de responsabilidades.

Quizá para el resto de los animales el tiempo es una constante (pero nada tediosa) repetición de días y noches, de fríos y calores, de sequedad y humedad. Para nosotros, es algo más complicada la cosa. Para y desde la animalidad pura y dura el tiempo es, sin duda, perceptible; desde nuestra animalidad humanizada (quizás impura y suavizada) es, además, concebible. El tiempo del animal no humano es una sucesión de señales, el tiempo humano es destilado mediante el lenguaje y es engarzado con emociones, de ahí que tenga destellos de expectativas y provoque contornos de sombrías frustraciones, además de señales, está cuajado de símbolos. Y aunque nuestro destino es no tener un destino y nos movemos siempre entre probabilidades (de lo posible a lo factible), a los primates humanos nos seduce el tiempo porque deseamos creer que conserva lo que ha ocurrido y contiene lo que nos aguarda. Por consiguiente, las pitonisas nos embelesan con sus conocimientos, con sus artes adivinatorias y sus metáforas; de ahí que con frecuencia consultemos a los astrólogos, a las gitanas y a los profetas, a médicos, psicólogos y psiquiatras, deseosos de que nos digan por qué somos como somos y qué va ser de nosotros. Y porque somos dados al simulacro y nos dejamos arrastrar por las más diversas mitologías, esperamos, por un lado, que se cumplan los buenos augurios que nos vaticinan y, por otro, que seamos capaces de evadir los malos.

Los primates humanos, además de maíz, arroz y costumbres, además de amistades y desconfianzas de todo tipo, cultivamos la fe. . . un tipo de esperanza a la que no es recomendable hacerle demasiadas preguntas. Tenemos fe en que podemos sacar provecho de la experiencia, no caer en los mismos errores o encontrar una salida a los viejos traumas. . . de ahí la historia, la arqueología, la paleontología y el psicoanálisis.

Desde el cubículo y los laboratorios pareciera que las pitonisas pasaron de moda y que sólo habitan en las leyendas; pero no, con otros rostros y utilizando novedosas estrategias siguen vivas y presentes, y como antaño, seguimos consultándolas y valiéndonos de ellas, actualmente los avances tecnológicos nos permiten calcular probabilidades y reducir no pocos riesgos.

Somos animales convencidos de que podemos saber qué ocurrió antes y por qué y cómo sucedieron las cosas; y en virtud de ese pretendido saber, nos sentimos ca-

paces, por un lado, de reconocer e interpretar adecuadamente las huellas que dejan los sucesos y, por otro, de hacer predicciones, vía invocaciones, conjuros, pases mágicos, brebajes y ruegos o a través de eso que llamamos ciencia, que a su vez invoca, conjura, manipula, prepara pócmias y ruega. Y aunque Jacques Monod, Edgar Morin y tantos otros nos intenten convencer sobre la inevitabilidad del azar, del alea y de la evencialidad, estamos convencidos de poder salvar los incómodos obstáculos que se nos presenten, y que algún día descubriremos el orden unificador y regulador que le suponemos (deseamos) al todo.

Al respecto, Edgar Morin [1996:115] nos recuerda que: "La acción supone complejidad, es decir, elementos aleatorios, azar, iniciativa, decisión, conciencia de las derivas y de las transformaciones".

Tal parece que vivir sin una mitología a la que aferrarnos, es vivir en el error. No importa de dónde la extraiga, quién se la proporcione o por qué se le ocurra, usted difícilmente podrá ser uno de nosotros si no se hace de una buena mitología que le permita hacer aprensibles y manipulables el entorno, el devenir y sus propias sensaciones. Necesita una mitología que convierta en destino la probabilidad más deseada y en inevitable el fracaso más rotundo. Recuerde que toda mitología, con un mínimo de calidad, está garantizada; le permitirá a usted vivir con alguna certeza (digan lo que digan Ilya Prigogine y el resto de los que insisten en la irreversibilidad del tiempo, en la irrepitibilidad de los acontecimientos y en el inquietante principio de incertidumbre):

... los procesos irreversibles desempeñan un papel constructivo en la naturaleza [...] En el mundo que es nuestro descubrimos fluctuaciones, bifurcaciones e inestabilidades en todos los niveles. Los sistemas estables conducentes a certidumbres corresponden a idealizaciones, aproximaciones [Prigogine, 1996:30, 60].

Y dado que el mercado mitológico está tan bien surtido, sólo tenemos que elegir bien los ingredientes y experimentar una receta. . . muchas veces hibridizando las anteriores con nuevas nociones u ocurrencias, otras veces improvisando osadamente. Pero no olvide que su receta, sea del tipo que fuere, debe incluir al tiempo. El tiempo es un ingrediente imprescindible, lo imagine como lo imagine y lo cocine como lo cocine. . . por lo que volveré sobre este punto en más de una ocasión.

En lo personal, ya no sé si el tiempo es o no einsteinianamente relativo, pero lo percibo excitantemente virtual: el tiempo transcurre, pero no pasa. Al parecer no somos nosotros los que nos movemos en el tiempo, sólo lo hacemos en el espacio, ni tampoco el tiempo se mueve en nosotros porque siempre estamos comenzando y continuando, y por más tiempo que vivamos, siempre estamos en el presente. No obstante, el tiempo es movimiento, y la realidad toda, incluso la nuestra, fluye. . . como fluye un deseo, un verso o un río.

Ahora bien, dada la virtualidad que le supongo al tiempo, y en la medida en que es ingrediente de toda mitología, sospecho que las mitologías también son virtuales; virtuales formas de narrarnos a nosotros mismos. . . de ahí que resulten fascinantes: las mitologías, por más maquillajes que utilicen, siempre son antropocéntricas, son ego-céntricas y auto-referentes como lo somos nosotros en tanto que organismos, ego-céntricos y auto-referentes como individuos, como grupos y como especie. Las mitologías, gracias al tiempo que contienen, siempre nos rondan, y cuando vaticinan un final, pueden ser giradas o plegadas sobre sí mismas con el único propósito de posponer todo un poco más, dejar la conclusión en permanente suspenso, porque las mitologías, además de con el tiempo, están aderezadas de metáforas y analogías, de sugerencias y de imágenes. . . de ahí los ritos y las celebraciones, las nostalgias y las ilusiones que promueven.

Sí, las mitologías, por más catastróficas y pesimistas que parezcan, siempre ofrecen la posibilidad de continuar, de permanecer, de perdurar. Es por ello que, antes que aceptar un final definitivo e inapelable, preferimos reconocer lo inadecuado de la mitología en que nos apoyamos y nos dedicamos a matar a aquellos seres mitológicos que pensamos ya gastados y poco eficientes, nos olvidamos de ellos o los encerramos en cuentos infantiles y proponemos otros nuevos y más poderosos. Así, Amón-Ra-Osiris, Pallas Athenea, Quetzalcoalt, San Jorge y el Dragón e incluso el Rey Arturo de Camelot han quedado paralizados en el tiempo y sólo se mueven si tiramos de los hilos que nosotros mismos les colocamos en las coyunturas de sus metafóricas cualidades. . . aunque no dejan de resultar seductores; de ahí las colecciones de libros que se les dedican y las muchas superproducciones cinematográficas y televisivas que los reciclan.

Sin embargo, algunas mitologías se niegan a desaparecer, como si tuvieran vida y voluntad propia, como si no fueran dependientes de la nuestra. ¡Qué osadía! Y su estrategia, supongo, es sencilla; las viejas mitologías simplemente se cuelan por entre las ranuras que dejan abiertas las nuevas. . . o tal vez, las mitologías nunca mueren en realidad, como los vampiros, y toda nueva mitología es sólo aparentemente nueva, pues mantiene las cualidades de su sangre original revitalizada con las cualidades de una sangre de cosecha más reciente.

De todas las mitologías que ofrece el mercado, hoy he elegido una que como antropólogo me cautiva de manera particular, quizá por ser la más descaradamente ego-céntrica. Es una mitología hecha de espejos y de ecos en la que nos conjugamos, hoy por hoy y aquí, Dios, Darwin y nosotros.

Tal vez resulte un tanto herético, en más de un sentido, pensar que Dios (por lo menos el Dios de la Biblia) y Darwin (por lo menos el Darwin de la selección natural) hablan de nosotros en forma muy parecida. Pero herético o no, casi podría decir que, improvisaciones aparte, y fuera de unas cuantas diferencias anecdóticas y al-

gunas analogías más o menos, en las mitologías de Dios y de Darwin se prestan los parlamentos. . . aunque ellos se miren con recelo el uno al otro allá donde estén, si es que hoy están más allá de nosotros mismos.

Las tradiciones y narraciones mitológicas del Dios bíblico y del Darwin de la selección natural se sintonizan unas a las otras, ofreciendo una especie de opereta explicativa de nosotros. En este orden de ideas Rupert Sheldrake [1990:397] sostiene: "Las directrices generales del mito del Génesis y de la explicación científica contemporánea no difieren; poseen un fuerte parecido familiar".

Una y otra narración dicen que somos lo que somos por efecto de una fuerza poderosa y misteriosa, inescrutable¹ por su doble cualidad de rasgo y de mecanismo, de causa y efecto (léase: álito divino-libre albedrío, mutación azarosa-selección natural inevitable).² Con términos y argumentos que pueden parecer distantes, ambas mitologías hablan de una fuerza-mecanismo que nos distinguió del resto de las creaturas o criaturas (que para el caso, es lo mismo). En otras palabras, ambas tradiciones dicen que somos lo que somos gracias a una fuerza-mecanismo que, ante un fondo, escenario o entorno, rodeados por un paisaje, nos favoreció frente al resto de los animales, distinguiéndonos con la singularidad sapiens, vía el esfuerzo; el sudor de nuestra frente, que no es más que otra manera de decir la lucha por la sobrevivencia.

Dios y Darwin parecen utilizar los mismos argumentos para defender ideas sólo aparentemente distintas. Uno desde la perspectiva religiosa y el otro desde la ciencia nos colocan en medio de una aventura de encuentros y desencuentros, de arraigo y desarraigo, de vínculo y desgarró en la que, si queremos ser los protagonistas victoriosos, tendremos que combatir con toda clase de adversarios en una interminable sucesión de circunstancias. . . como bien sugiriera, en su momento, el meditativo Ortega y Gasset. Una aventura en la que, los linajes son imprescindibles para dar forma a la trama. . . en el sentido de tejido y de acontecer, de textil y de dramaturgia, el linaje de Adán, el de la casa de David, el de los mamíferos, el de los primates, el de los homínidos. . .

En fin, todo parece indicar (y los seguidores de Dios y de Darwin parecen empeñados en decirnos) que nosotros sólo somos un pedacito de universo que tuvo un origen misterioso y fascinante, un pedacito de universo que llegó a ser lo que somos, paulatina y gradualmente, no antes ni después de que estuvieran dadas las condiciones necesarias para ser como somos.

Si partimos del supuesto de que los mitos (que configuran mitologías) sólo son

¹ Incomprensible, ininteligible, impenetrable, insondable, inextricable... etcétera.

² La selección sexual a que alude Darwin en *El origen del hombre*. . . no pienso que pueda calificarse de anti-natural o de lejana a la naturaleza, por más influencias culturales que tengan las atracciones físico-eróticas y los contratos matrimoniales (de mutuo arrendamiento de genitales).

historias sobre los orígenes de algo (por ejemplo, de nosotros mismos), pues explican por qué las cosas son tal como son, y si reconocemos que, tanto Dios como Darwin se ocuparon de explicar las lógicas y dinámicas de nuestro origen, ofreciéndonos con ello la posibilidad de pensar y prever nuestro mañana, pienso que no nos queda otro remedio que aceptar que la mitologización es una forma de hacer ciencia y que la ciencia es una forma de buscar explicaciones, una aproximación a “la realidad” —así, en abstracto— de corte mitológico. No olvidemos que, como apunta el mismo Sheldrake [1990:395]:

Las teorías científicas son como mitos en la medida que son construcciones mentales, formas de dar un sentido al mundo; también son parecidas a los mitos en cuanto que poseen una dimensión cultural.

Mitología y ciencia son, pues, dos y una sola estrategia encaminada a explicar el orden oculto, insondable, que pensamos nos sustenta. . . un orden divino, un orden físico, un orden biológico. . . un orden lógico. Se trata de dos modalidades mitológicas que suponemos y queremos ver muy distintas, pero que en realidad son tan semejantes entre sí, que incluso con frecuencia utilizan las mismas ideas y los mismos términos, como el de “reino” (Reino de Dios, Reino Animal, etcétera); por lo que no debe sorprendernos que, tanto la mitología bíblica como la de la selección natural, nos ubiquen en el mismo lugar dentro de una jerarquía, en la cúspide, en el vértice o al final de una secuencia.

Idea que vemos avalada incluso por Richard Leakey y Roger Lewin [1997:271], cuando afirman:

Estamos en la edad de los mamíferos, que advino a raíz de la desaparición de los dinosaurios, hace sesenta y cinco millones de años. En esta nueva edad, los primates han acabado por ser los más dotados mentalmente, con el *Homo sapiens* en el peldaño más alto.

Y tampoco tiene por qué extrañarnos que una y otra mitología postulen que la reproducción implica éxito y la falta de reproducción fracaso. Y dijo Darwin [1963:75]:

Debo dejar sentado ante todo que empleo este término [lucha por la vida] en amplio sentido metafórico, incluyendo en él la dependencia de un ser con otro e incluyendo también (lo cual es más importante) no solamente la vida del individuo, sino *su éxito en lo que se refiere a dejar progenie*.³

³ El contenido del corchete y las cursivas son míos.

Así, las mitologías de Dios y de Darwin (y cada una a su manera) apuntan a una conclusión semejante: nosotros somos lo que somos porque tenemos un antepasado común. . . un antepasado al que podemos llamar Adán, primate extinto, celacanto o bacteria, lo mismo da.⁴

Pero la cosa no queda ahí. Desde la perspectiva bíblica, al principio “la tierra estaba confusa y vacía y las tinieblas cubrían la haz del abismo” —a esas tinieblas y a ese abismo llamémosle “caos” para estar a tono con un lenguaje que, de tan viejo, es hoy de lo más novedoso— [Génesis 1:1]. Y “Dijo Dios ‘Haya luz’ y hubo luz [. . .] Dijo luego Dios ‘Haya firmamento en medio de las aguas, que separe unas de otras’ y así fue. . .” [Génesis 1:3 y 6] etcétera, etcétera, etcétera, hasta que Dios hizo brotar las criaturas del agua y las aves del aire y los reptiles y los mamíferos de la tierra, y finalmente creó al primer hombre y a la primera mujer. Desde la perspectiva científica la narración es, poco más o menos, igual, aunque varíe el estilo literario y algunos detalles se cambien de sitio y no broten las aves del aire sino de los reptiles de la tierra. . . finalmente, la narración darwiniana termina en el mismo ejemplar maravilloso y cautivador: nosotros.

Fascinante, sin duda. . . ambos, Dios y Darwin, me han convencido de que hablan de lo mismo y lo narran de manera muy parecida, por lo que me cuidaré en lo futuro de precisar bien el sentido que dé a mis palabras cuando me diga, defina o anuncie ateo, como espero que incluso los más ortodoxos judíos, cristianos y musulmanes mediten antes de proclamarse (irresponsablemente) anti-darwinistas. Hoy, finalmente, estoy tentado a pensar en el texto de Darwin como una segunda (o quizás enésima) edición, más que reimpresión, del texto de Dios. O si se prefiere, pienso en el Dios bíblico como un primer borrador del Darwin de la selección natural. . . y ahí están el Papa, los rabinos, los concilios e incluso las innumerables sectas, así como están Dawkins, los sociobiólogos, los congresos, las numerosas teorías evolutivas y otros muchos especialistas para convencernos de que alguna vez existió un entorno del que salimos para ser como somos, un entorno al que podemos o no llamar “el Edén” (tal parece que ubicado en África y no en el próximo Oriente); y están ahí para insistir en que nosotros sólo somos la anécdota desarrollada, desplegada, evolucionada de lo que en el caos primigenio, y luego en ese paraíso imaginado, sucedió hace mucho tiempo. Unos y otros están ahí para advertirnos que, más tarde que temprano, nos aguarda un Apocalipsis o quizás una sexta o séptima extinción (muy probablemente causada o estimulada por nosotros mismos), tras la cual carecerá de sentido el “nosotros” de hoy, porque los protagonismos de la vida,

⁴ Aunque hoy en día algunos iconoclastas evolucionistas (herejes, quizá), como Lynn Margulis, además de insistir en eso de los antepasados comunes, apuestan por procesos evolutivos que implican combinaciones, cooperaciones y simbiosis, nuestra lejana parienta, la bacteria, sigue en nosotros de una y mil maneras. Véase Margulis, L. y D. Sagan [1995].

si los hay, quizá corresponderán a otros. Así, por ejemplo, Leaky y Lewin [1997: 265] consideran que:

Dominante como ninguna otra especie en la historia de la vida en la Tierra, el *Homo sapiens* está a punto de causar una gran crisis biológica, una extinción en masa, el sexto acontecimiento de estas características que habrá ocurrido en los últimos quinientos millones de años. Y nosotros, el *Homo sapiens*, podríamos estar también entre los muertos en vida.

Y es que tanto los seguidores de Dios como los de Darwin, solemos ignorarnos en medio del tiempo protagonizado una historia trágica (a la manera de un Sófocles o un Esquilo) para la que prevemos un final de acto con gran despliegue de juegos pirotécnicos y derroche de efectos especiales (a la manera de una superproducción hollywoodesca). Es por ello que, aunque parezca paradójica, la idea de progreso está, descarada o encubierta, en una y otra mitología, sugiriendo que todo el proceso recrea un camino hacia un otro paraíso antes de la fatídica e inevitable caída definitiva del telón.

Debemos reconocer, mal que nos pese, que ni Dios ni Darwin son autores que den concesiones a su público.

No obstante, toda mitología da lugar y cabida a la esperanza. . . y mientras el telón siga levantado algo puede hacerse para retrasar el final (como en las telenovelas de gran éxito). Todo es cuestión de fe, de control, de encontrar el mítico y aristotélico punto medio, el equilibrio. . . una homeostasis, si se quiere. Tenemos que confiar en nosotros, porque Dios y Darwin mediante, nuestro sino es progresar gradualmente hasta la caída, pero bien podríamos no caer, sino dejar de ser lo que somos hoy y acceder a un estadio más alto, más perfecto, más armónico (espíritu u otra especie). . . un nosotros más digno de nosotros, los hijos de Dios o de Darwin (Teilhard de Chardin sugería que, tras la irrupción de la noosfera, la evolución alcanzaría el polémico punto omega).⁵

En este sentido, según Sheldrake [1990:395]:

La principal diferencia entre las teorías modernas del progreso y los mitos tradicionales es que las teorías del progreso no se refieren tanto a los modelos prototípicos del pasado, sino que hacen referencia a objetivos futuros, a menudo imaginados como estados de paz, prosperidad, hermandad y sabiduría.

En virtud de ello, en el seno de ambas mitologías se proponen sacrificios y renunciaciones (meduras), sea a través de cilicios, penitencias y caridades o mediante

⁵ En relación a la noosfera y el punto omega, véase Teilhard de Chardin, P. [1971].

terapias, una conciencia ecológica y la ingeniería genética que, manipulando genes altruistas, facilitará que los genes egoístas y los ángeles del Señor se salgan con la suya, dado que ellos son la esencia y la substancia de las ortodoxias de la divinidad y del ultra-darwinismo, por lo menos en este presente mileniarista. Al respecto, Sheldrake (1990:431), apunta:

Uno de los atractivos del darwinismo es que facilita un suministro ilimitado de narraciones. Pero a pesar de ser muy a menudo variadas e ingeniosas, todas tienen la misma moraleja sobre el éxito competitivo y todas tienen lugar en un mundo monótonamente utilitarista.

Y es que tanto para Darwin como para Dios, nosotros sólo somos una presencia que dura un instante, después y antes de otros instantes. . . así de simple es la trama. Ya no somos aquel Adán ni aquel primate (el tan traído y llevado eslabón perdido) que hoy tal vez yace fosilizado en algún lugar por localizar; nosotros sólo somos su secuela. . . y el prelude de algo. Y en este punto hablo de Adán y no de Eva (ni siquiera de la Eva mitocondrial, y mucho menos de la indoblegable Lilith), porque también Darwin pensaba, por razones obvias, en términos patriarcales, más masculinos que femeninos, la perspectiva bíblica y la perspectiva darwinista tienen a la hembra, a Eva, como comparsa reproductiva, como la paridora de Adanes. Y es que la presencia de Eva (y de Lucy) es tan fuerte y pisa con tanta firmeza (recordemos Laetoli), que más les valía al Dios bíblico y al Darwin de la selección natural asignarle a Eva sólo episodios y subsidiarios parlamentos y escenas de apoyo (como la recolección), relegándola a un vital pero secundario plano en el *dramatis personae* de sus respectivas mitologías. De lo contrario, los nosotros-XY (hombres-machos) hubiéramos resultado sólo un recurso seminal del nosotros-XX (hembras-mujeres), como ocurre con frecuencia entre numerosas especies de insectos, por ejemplo, la mantis, que quizá con sorna y no sólo por apariencia llamamos religiosa.

Recordemos, en ese sentido, lo que en su momento han llegado a sostener autores como Robert Ardrey [1981:105]:

. . . segregación sexual en la vida cotidiana, los machos en el ámbito de la caza, las hembras y la cría en el hogar. (Hoy es la oficina y el hogar). La recolección de alimentos indudablemente era importante en lo concerniente a vitaminas, pero era de escaso contenido en calorías. La supervivencia del grupo reproductor dependía del retorno de los machos con la carne que pudieran conseguir.

Permítaseme ahora retomar el asunto ese del tiempo (con el que iniciaba mi herético planteamiento), porque en relación a cómo tratan el tópico, pienso que las dos

mitologías también se asemejan. La bíblica y la darwiniana toman al tiempo como ingrediente fundamental de la trama, y cada una lo corta en trozos más o menos manejables; tiempo uno o primer día o *big bang*, tiempo dos o segundo día o era azóica, tiempo tres o tercer día o paleozóico. . . y así, como en las pastillas, grajeas y cápsulas, cuando baste para. . . que nosotros seamos lo que somos y como somos, estemos donde estamos y hagamos lo que hacemos, las narraciones del proceso creativo bíblico y del proceso evolutivo darwiniano plantean una sucesión de cortes de tiempo y una secuencia gradual, una cautelosa dosificación de explosiones, un orden de presencias, de rasgos y caracteres, de capacidades y cualidades. Para el Dios de la Biblia, que contó la historia a su manera mucho antes que Darwin —quien había aprendido aquélla antes de ponerse a estructurar la suya—, sólo se necesitaron seis días (tal vez contaba con los dedos de las manos); para Darwin, se requería mucho más tiempo y se necesitaban muchos más cortes (por lo que se ayudaba de otros instrumentos), pero en el fondo es el mismo tiempo y son los mismos cortes.

Dado que el tiempo es virtual y/o relativo,⁶ para el Dios bíblico un instante o un momento de su reloj supone una buena cantidad de horas, días e incluso años, siglos y eras en los relojes y calendarios que el bueno de Darwin estaba acostumbrado a usar y podía consultar. No en valde cuentan que, en el medieval Reino de Navarra, y siendo abad del monasterio de Leyre, un monje llamado Virila (hoy canonizado) le rogaba con fervor a Dios que le concediera la dicha de conocer la Gloria, para así poder transmitir la fe en la Gracia Divina; al parecer Dios se dejó vencer y le permitió a Virila experimentarla por un instante, pero cuando el agraciado monje (nunca mejor dicho) retornó a su abadía, se dio cuenta de que para el resto de los mortales habían transcurrido trescientos años. . . acto seguido, dicen que oró y volvió a entrar en la eternidad [Atienza, Juan G., 1988].

Tanto Dios como Darwin, a lo largo de esos cortes de tiempo que conciben, y aunque los registran de manera diferente, narran eventos de tintes melodramáticos muy semejantes, ubicándolos en el mismo lugar de la secuencia, o sólo un poco antes o un poco después. . . o bien, paralelos a otros. Recordemos brevemente algunos ejemplos.

Para la mitología bíblica, en nuestra historia hay un pecado original, comer del Árbol del Bien y del Mal, que hace referencia a un rasgo característico de nosotros, la soberbia. . . pretender el conocimiento que, hasta ese momento, era una cualidad reservada para sí por Dios; y para la mitología evolucionista, de corte darwiniano, el pecado es el mismo (llamémosle *humanización*), y por lo menos desde el *Homo ha-*

⁶ Este 1999 que nuestros calendarios insisten que vivimos, es en realidad, según los chinos, el año 4696 (conejo).

bilis (y más concretamente a partir del Cromagnon) nos sentimos, mediante el conocimiento, cada vez más lejos del resto de los animales, para bien y para mal.

Ian Tattersall [1998:44], al respecto, no vacila en pensar que "...con la llegada del *Homo sapiens* moderno a la Tierra, había emergido una clase de entidad verdaderamente nueva, cuyo potencial aún exploramos y ampliamos hoy".

Resulta evidente que, a través de nuestra humanización, trastocamos al planeta, le imponemos presiones que lo cimbran y lo administramos hedónica y desmesuradamente. . . lo sapientizamos. Pues como el mismo Tattersall [1998:244] apunta:

. . .el propio concepto de la producción agrícola implica la modificación de ecosistemas. [. . .] Para un agricultor, la vida no es una cuestión de explotar inteligentemente lo que ofrece la naturaleza; más bien se convierte en una batalla contra la naturaleza...

En la Biblia, tras el mordisco a la fatídica fruta, nosotros nos avergonzamos de nuestra desnudez (que compartíamos con todos los animales), cubrimos nuestros cuerpos y fuimos expulsados del Edén, condenados a valernos de nosotros mismos y a vagar siempre más allá de sus paradisiacos límites, convirtiendo en recurso todo lo que encontráramos y usufructuando a las plantas y a otros animales (temiéndoles a muchos, como la serpiente); en el evolucionismo, las mutaciones y la selección natural nos expulsan de la vida arborícola y del bosque (que compartíamos con los primates y otras especies), y penetramos en la sabana y nos dispersamos planetariamente. Tras mucho pensar nos las ingeniamos y nos vestimos para protegernos de los fríos y de las miradas, imponiéndonos como orden hegemónico con el fin de ambientar y administrar al planeta. . . y, por si las semejanzas entre ambas mitologías no fueran muchas y suficientes, más de un teórico darwinista ha insistido, incluso por televisión, en nuestro miedo específico e histórico a las serpientes.

La visión bíblica narra, ya fuera del Edén, una segunda novela de crimen y castigo encarnada por Caín y Abel, al igual que la mirada de no pocos evolucionistas, como Richard Ardrey [1981:18], que narran las suyas con hipótesis como la del cazador:

Si entre todos los miembros de la familia de los primates el ser humano es único, aun en sus más nobles aspiraciones, ello es porque sólo nosotros, a través de incontables millones de años, nos vimos continuamente obligados a matar para sobrevivir.

La explicación de nosotros mismos como primates asesinos no sólo de otros animales sino del vecino queda, así, asentada firmemente en ambas mitologías. . . ¿podríamos, tal vez, llamar Abel al Neanderthal y Caín al Cromagnon, como parecen sugerir planteamientos como los de Ian Tattersall [1998:201]?

...la magnitud de las diferencias físicas entre los neandertales y los seres modernos hace altamente improbable que los dos fueran capaces de cruzarse con éxito [. . .] los encuentros entre los cromagnones y los neandertales no pueden haber sido siempre felices.

A resultados de la invención de la masacre y de las luchas fratricidas, la mitología de Dios narra la imposición de un código (la ley) y la de Darwin argumenta no pocas cosas sobre la cerebralización que nos permite llegar a organizarnos y nos exige controlarnos socialmente vía leyes, reglamentos, restricciones... y culturalmente explicarnos a nosotros mismos y todo cuanto nos rodea, vía el establecimiento —más que descubrimiento— de las leyes de la física, de la naturaleza, del mercado. Al respecto, Tattersall [1998:223] agrega:

Los códigos morales y las normas de comportamiento son necesidades básicas para los seres individualmente complejos y de misteriosas motivaciones, y con todo extremadamente sociales, que somos. . .

En una y otra mitología la ilicitud no es tolerada porque deviene en catástrofes: somos lo que somos porque impera un orden que admite sólo pequeñas contradicciones. . . y, por tanto, sólo escasas y poco importantes desobediencias. En torno a esto, Tattersall [1998:226] subraya:

La razón más básica de que seamos reacios a admitir las contradicciones humanas es, por supuesto, que tenemos que convivir; y si tenemos que hacerlo, debemos suscribir (al menos públicamente) una serie de valores comunes y normas de comportamiento (que a veces pueden ser contrarios a nuestras creencias privadas o impulsos).

Pero las semejanzas entre las dos mitologías no cesa ahí. El Dios bíblico y sus portavoces, por ejemplo, nos narran como sobrevivientes de un diluvio (y de muchas otras calamidades, pues no cejaba en su empeño de ponernos a prueba); Darwin y los más diversos evolucionistas, por su parte, nos narran como sobrevivientes de cataclismos y convulsiones, tales como sequías, sismos, volcanes y glaciaciones.

El linaje humano tuvo su origen hace más de cinco millones de años, en un acontecimiento evolutivo que no fue una extrapolación de tendencias anteriores, sino más bien el producto de un cambio climático imprevisible, cuando el ancestral hábitat de los bosques empezó a menguar [Tattersall, I. 1998:207].

Y como ya se ha dicho, también como sobrevivientes en encuentros fratricidas con otros homínidos. . . tal parece que no podían compartir un mismo planeta dos o más especies humanas, sin que una consiguiera imponerse y desalojar a la otra (según cuentan, también la mencionada Lilith, creada con el mismo material que Adán,

pero no de su materia, terminó por diluirse o desaparecer en alguna parte y en algún momento. . . ¿o no?).

En vista de todo ello, no sé si la de Dios y la de Darwin son dos narraciones tan distintas como hemos querido creer los seguidores de uno y de otro. De hecho, sólo son dos las diferencias realmente sobresalientes entre una y otra mitología. . . y mucho me temo que, escarvándole un poco a los respectivos textos, tales diferencias no resultan muy significativas. Con vías a encontrar una oposición o una coincidencia entre ambas narraciones sólo tenemos que textualizarnos como creaturas o como criaturas y darle el sentido correspondiente a la narración por la que optemos.

La primera diferencia (quizá puntual, quizá no) es que, para la Biblia, Dios nos hizo a su imagen y semejanza, mientras que Darwin nunca osó pensarse como el prototipo. . . porque además ya había habido muchos de nosotros antes que él. Para los evolucionistas somos nosotros los que hemos creado a Dios a nuestra imagen y semejanza, una vez que digerimos y asimilamos algunas de las virtudes del fruto del conocimiento y pudimos aspirar al título de sabios. Al respecto, el propio Ian Tattersall [1998:227] es claro: “. . . es en nuestras nociones de Dios donde vemos nuestra propia condición humana más sólidamente reflejada”.

Pero eso de la imagen y de quién se parece a quién no es realmente un obstáculo insalvable, de hecho es sólo cuestión de ponernos de acuerdo a partir de qué pasaje comenzamos la narración de nosotros mismos y dónde colocamos los espejos, frente a qué o a quién y para decir qué y cómo decirlo. En tanto que animales paradójicos, tendemos a explicarnos sólo adecuando y acomodando en un orden u otro las ideas, sin que éstas realmente tengan que ser distintas. De hecho, ya insistieron suficientemente los maestros de primaria con eso de que el orden de los factores no altera el producto. . . Para los escuchas de la narración de Dios, nosotros somos posteriores a él (otra vez, el tiempo es el hilo conductor del argumento), y somos posteriores porque él nos crea y hace de nosotros lo que somos; y es su mitología la que nos narra cómo y por qué estamos aquí, y la que nos orienta sobre cómo debemos comportarnos.

Para los escuchas de la narración de Darwin, nosotros somos criaturas anteriores a Dios, y sólo después de muchas preguntas creamos a los dioses para que nos expliquen por qué somos lo que somos, cómo fue que llegamos aquí y cómo deberemos comportarnos para garantizar nuestra permanencia. En torno a ello, desde la arqueología, pero interesado en el proceso de evolución de la mente, Stephen Mitthen [1998:191] sostiene:

Es evidente que no podemos reconstruir las ideologías religiosas de las sociedades más antiguas del Paleolítico Superior. Pero sí podemos prácticamente asegurar qué ideologías tan complejas como las de los modernos cazadores-recolectores surgieron en la transición del Paleolítico Medio al Superior, y que desde entonces se ha mantenido entre nosotros.

Parece ser una consecuencia más de la fluidez cognitiva que apareció en la mente humana, que se plasmó en forma de arte, de una nueva tecnología y en una transformación de la explotación del mundo natural y de los medios de interacción social.

Pero no, no importa mucho quién concibiera y creara a quién, finalmente, el resultado es el mismo, nosotros somos solubles en nuestras mitologías... porque nuestras mitologías nos permiten reconocernos. Si nosotros estamos al servicio de un dios (sea el que fuere) es porque nos podemos servir de él.

La segunda diferencia (que ya veremos si es tal) es que, para los voceros de Dios, la creación es direccionada, mientras que para los discípulos y publicistas de Darwin éste deja muy claro que no pensaba en direccionalidad alguna (pese a que muchos de sus apóstoles sugieren que la evolución muestra tendencias, por lo menos hacia una cada vez mayor complejidad, y muchos de ellos insisten en que la evolución se produce cuando los genes nos programan para. . .) Lo que le hace decir a Sheldrake [1990:431]:

Los darwinistas, al considerar cualquier característica dada de una especie, generalmente asumen que debe tener algún propósito o valor adaptativo y a continuación especulan sobre las presiones selectivas que la deben haber producido.

Mucho se ha discutido —para habérselas con el determinismo— si Dios juega o no a los dados, mientras que Darwin deja muy claro que optó por utilizar ese tipo de juego. Tal vez el Dios de la Biblia no necesitara realmente del azar y sólo se limitara a dárnoslo a nosotros como un presente para que nuestra aventura nos resultara, como casi todo lo que hace, un misterio. El Darwin de la selección natural sólo recogió o reconoció ese azar y se puso a tirar los dados para explicar nuestra aventura. Sin embargo, es probable que fueran algunos de los posteriores voceros de Dios (y no él o sus primeros escribanos) quienes introdujeron la idea de la direccionalidad, expulsando al azar de su mitología, pues al inicio del relato bíblico nada sugiere que Dios tuviera metas prefijadas y ya todo decidido, es decir, apunta hacia la experimentación; también Dios parece haber dejado que el azar hiciera su parte, dado que, según se lee, en más de una ocasión Dios dijo que algo se hiciera y, una vez hecho, vio que lo hecho era bueno y lo dejó ser así. Quizá los textos de su compleja mitología sólo nos ahorran (vía una delicada edición) los numerosos detalles de aquello que hizo y no consideró bueno, y que finalmente no lo dejó ser. . . no perdamos de vista que, como tanto han insistido sus mismos seguidores, sus designios (léase diseños) son inescrutables. Por otra parte, el camino narrativo que toma Darwin, utilizando la idea de una selección natural, resulta tan tortuoso y misterioso como el del Dios de los textos bíblicos.

En la dinámica y en la lógica de la mitología bíblica juega un importante papel la

conversión de adeptos, de quienes depende la solidez y la permanencia de la mitología misma. . . y el reconocimiento institucional de las Iglesias. En el caso de la mitología darwiniana ocurre lo mismo, porque de ellos dependen los paradigmas y también las políticas de investigación institucionales. Por consiguiente, a los adeptos y discípulos del evolucionismo darwiniano, al igual que a los de la mitología bíblica, se les demanda tener fe. Fe en la Providencia o en la Selección Natural, lo mismo da. Y cuantos más adeptos tenga cada una de las mitologías, más posible es que una y otra experimente fugas y en su seno se generen bifurcaciones... corrientes; movimientos, tentativas revoluciones o nuevas ediciones. Al respecto, el mismo Sheldrake [1990:416] sostiene:

Tanto si se reconoce o no que la naturaleza de la fe evolutiva es esencialmente religiosa o ideológica, provoca algo similar a las pasiones religiosas en sus defensores; y al igual que las fes religiosas tradicionales, la evolución se interpreta de forma muy distinta según las distintas sectas y escuelas de pensamiento.

Todo parece indicar que el discurso científico se ha dedicado a demostrar lo errado que han sido las explicaciones religiosas, pero ¿lo ha logrado? Tal vez sólo ha conseguido poner en duda la existencia de Dios sin cambiar su mitología, y el científico es hoy el Profeta. Pues, como Sheldrake [1990:395] afirma:

Existen muy pocos grandes innovadores cuya historia esté exenta de características legendarias; y a algunos como Einstein, se les atribuye el espíritu del genio; otros, como Marx, Darwin y Freud, a menudo se compara con los profetas del Antiguo Testamento.

Y en llegando a este punto, concluyo que, más que una nueva edición de la narración de Dios, la de Darwin parece una traducción (más o menos libre) a otro lenguaje; desde donde lo veo, todo apunta a que, por más debates que entablemos, la del Dios bíblico y la del Darwin de la selección natural sólo son dos versiones de una misma mitología. La versión darwinista ha bebido la sangre de la versión bíblica y, por ahora, ha salido fortalecida y sobrevuela dando giros y proponiendo nuevas y espectaculares piruetas, pero la versión bíblica, que no deja de alimentarse de la sangre nueva que le ofrecen sus adeptos, tiene una historia de estrategias más larga tras de sí, por lo que resulta seductora y es capaz de granjearse (cultivar en granjas) a grandes multitudes, aunque sus vuelos resulten más repetitivos y cada vez menos novedosos.

Ahora bien, mitologías en torno a lo que somos y por qué somos así hay muchas, además del de la Biblia hay otros dioses y además del de la Selección Natural otros muchos "darwinés". . . y, no nos quepa la menor duda, de que además hay muchos otros nosotros, con sus singulares narraciones; pero esa. . . es otra historia.

BIBLIOGRAFÍA

Ardrey, Robert1981 *La evolución del hombre: la hipótesis del cazador*, Alianza Editorial, Madrid.**Atienza, Juan G.**1988 *Santorial diabólico*, Ediciones Martínez Roca, Barcelona.**Darwin, Charles**1963 *El origen de las especies por medio de la selección natural*, Editorial Diana, México.**Leakey, R. R. Lewin**1997 *La sexta extinción. El futuro de la vida y de la humanidad*, Editorial Tusquets, Barcelona.**Margulis, Lynn y Dorion Sagan**1995 *Microcosmos. Cuatro mil millones de años de evolución desde nuestros ancestros microbianos*, Tusquets Editores, Barcelona.**Mithen, Steven**1998 *Arqueología de la mente*, Critica, Barcelona.**Morin, Edgar**1996 *Introducción al pensamiento complejo*, Gedisa Editorial, Barcelona.**Nacar-Colunga (versión)**1967 *Sagrada Biblia*, Biblioteca de autores cristianos, Madrid.**Prigogine, Ilya**1996 *El fin de las certidumbres*, Editorial Andrés Bello, Santiago de Chile.**Sheldrake, Rupert**1990 *La presencia del pasado. Resonancia mórfica y hábitos de la naturaleza*, Editorial Kairós, Barcelona.**Tattersall, Ian**1998 *Hacia el ser humano. La singularidad del hombre y la evolución*, Ediciones Península, Barcelona.**Teilhard de Chardin, Pierre**1971 *El fenómeno humano*, Taurus, Madrid.